



Claudia Sheinbaum en la encrucijada

DESDE EL OTRO LADO

**Leopoldo
Gómez**

 Opine usted:
 Lgggb98@icloud.com

@palogg



Empieza un año muy complicado para Claudia Sheinbaum. El resultado de las elecciones y el avance del Plan C dejaron a los morenistas frotándose las manos. Solo les faltan unas cuantas reformas para consumar su asalto al poder. Es probable que logren aprobarlas sin contratiempos, gracias a las supermayorías que el INE les otorgó, la debilidad de la oposición y el pasmo de una sociedad civil que ha sido arrollada políticamente.

A pesar de ello, los retos que enfrenta el nuevo gobierno son mayúsculos. Andrés Manuel López Obrador dejó un legado de gran poder, pero también un desorden administrativo y recursos presupuestales comprometidos que limitan significativamente el margen de acción de su sucesora. A esto se suma Donald Trump, que pondrá a su gobierno contra las cuerdas. La forma en que Sheinbaum responda a estos retos definirá el rumbo de su mandato.

Lo que hemos visto desde las elecciones confirma que la visión de Sheinbaum sobre el régimen político es idéntica a la de López Obrador y que tampoco hay dife-

“Si Trump impone tarifas y reactiva su política de deportaciones masivas, la presidenta se enfrentará a una encrucijada...”

rencias significativas en su forma de responder a las críticas ni en el manejo de la comunicación social a través de las mañaneras. Su proyecto de gobierno, además, es esencialmente una continuidad del de su antecesor. Aunque la presidenta ha introducido algunos temas nuevos, como los derechos de las mujeres, su agenda mantiene la misma línea en áreas clave como la política económica, social, salud, educación y relaciones exteriores.

Sin embargo, los retos que Sheinbaum enfrentará este año hacen prácticamente imposible que todo siga igual. Los recursos fiscales no dan para continuar financiando los programas sociales y subsidiando las pérdidas de los proyectos y megaobras que

heredó. Ya vimos el giro que se dio en estos días con el caso de Mexicana de Aviación. Por ello, en su columna en *El Universal* de esta semana, Carlos Loret argumenta que a la presidenta no le queda más que ir desmontando poco a poco y quitándole sus aristas más tóxicas al “humanismo mexicano”, para proteger lo más rentable políticamente: los programas sociales.

En realidad, el reto es aún mayor, pues probablemente no bastará con ir quitando piezas o suavizando algunos aspectos de ese proyecto de gobierno. Si la economía sigue desacelerándose, el *nearshoring* no detona las inversiones esperadas, Trump impone tarifas y reactiva su política de deportaciones masivas, la presidenta se enfrentará a una encrucijada que la obligaría a elegir entre caminos radicalmente distintos.

En materia de política económica, por ejemplo, podría optar por darle confianza a los inversionistas reconsiderando algunas de sus decisiones, como las limitaciones a la participación del sector privado en energía. Pero también podría doblar la apuesta, tomar recursos de las Afores y hacer una reforma fiscal que grave los ingresos de manera más progresiva e imponga impuestos a la riqueza y las herencias.

En política exterior, la disyuntiva es parecida, especialmente frente a las amenazas de Trump. Hasta ahora, no queda claro dónde está parada Sheinbaum. En ocasiones, ha endurecido su retórica, particularmente en las mañaneras, e incluso hace

algunas semanas llegó a amenazar con responder a un arancel con otro. Al mismo tiempo, no ha relajado los controles migratorios hacia la frontera norte y ha realizado acciones como el reciente decomiso de más de una tonelada de fentanilo, en línea con las exigencias del próximo mandatario norteamericano.

Habrà que ver hacia dónde se moverá Sheinbaum una vez que comience la embestida desde Washington. Una posibilidad es que busque evitar a toda costa un conflicto frontal, esquivé las provocaciones y colabore ampliamente con el nuevo gobierno estadounidense. Sin embargo, también existe la opción opuesta: endurecer la retórica, involucrarse en la bandera nacional, acercarse aún más a los gobiernos de izquierda en América Latina y reducir la cooperación en las áreas de interés clave para Trump.

Ante situaciones como estas, pienso que Sheinbaum tendría una inclinación natural a endurecer sus respuestas. Aunque ese no fuera su reflejo inmediato, el hecho es que en escenarios así la presidenta enfrentará enormes presiones del ala más radical de Morena. La necesidad de evitar ser superada por la izquierda podría llevarla a ceder mucho más a sus demandas de lo que López Obrador alguna vez tuvo que hacer. Esto, a su vez, podría desembocar en una radicalización de posiciones. De optar por este camino, ya no estaríamos ante una mera continuidad de la 4T, sino frente a un giro hacia un gobierno mucho más claramente de izquierda, capaz de hacer que más de uno termine añorando el pragmatismo de López Obrador.

En los próximos meses veremos si ese es, en efecto, el camino que elige tomar la presidenta. Lo que resulta evidente es que, frente a los retos que enfrentará en este 2025, continuar con más de lo mismo simplemente no parece posible.